

EL RIOJANO

Numero extraordinario

EL REY MALO

Era verdadero anochecer de Enero, con nieve y todo. Cuando el padre regresó á su hogar, comenzaron los muchachos á asaltarle, preguntándole qué les iban á traer los Magos de Oriente. Subíasele el uno á las rodillas, enredábasele el otro entre las piernas, tirábale aquél de la americana queriendo hacerse oír en fuerza de gritos, y todo era algazara y bulla, animación y petitorios. De repente aquel padrazo, que sonreía con aire bonachón ante tal asalto, levantóse, tiró del cajón de la cómoda y calándose el sombrero dispúsose á salir.

—¿A dónde vas?—le preguntó la esposa, que entraba en aquel momento.

—A avisar á los Magos, mujer, y á decirles lo que quieren estos diablillos...

—Pero no tardes...
—Descuida; supongo que no estarán tan lejos—añadió el padre sonriendo con expresiva sonrisa.

—¡Claro que no estaban lejos! De allí al bazar, un paso... Dar la vuelta á la calle, atravesar otra más estrecha y desembocar en la del Comercio, donde los escaparates de los bazares atraían las miradas de los muchachos con sus ejércitos de muñecas y sus rimeros de caballos de cartón, trompos, soldados de plomo y juguetes de todas clases...

Peró el diablo (porque espíritu bueno no pudo ser) hizo que al cruzar la callejuela llegase á oídos de aquel padre sonriente y feliz, ruido de monedas de oro, tentador y alegre...

Alzó la vista, y vió allá arriba un par de ventanas rasgadas, á través de cuyas portieres caídos se filtraba un hilo de luz, perfectamente percep-

tible á aquella hora en que la noche se echaba encima y todavía no se habían encendido los faroles del alumbrado público.

«Pronto empezaron hoy», se dijo el sorprendido transeunte, é instintivamente, sin saber lo que hacía, hundió la mano en su bolsillo, estremeciéndose al contacto de las pesetejas, que se revolviéron unas contra otras allá en el fondo.

Era el mes de Enero, el más largo para todo empleado como él, que vivía al día. Todo su dinero lo llevaba encima. Poco, porque las Pascuas y el Año nuevo habían exigido un pellizco relativamente descomunal. De sobra sabía el habilitado que dentro de pocos días recibiría un sablazo de aquél y otros funcionarios. Era la costumbre y no se podían pedir imposibles. Ya que esto era inevitable, el padre en cuestión había llevado cuanto en casa tenía—una miseria después de todo—porque quería que fuese verdaderamente regio el regalo que los reyes hicieran á aquellos chiquillos en los cuales adoraba. Pero ¿y si podía lograrlos sin tener que echar la mano á la gaveta? Pues siempre serían unos cuantos días más de desahogo, y no tendría que apelar al préstamo tan pronto, y aún cuando esto fuese, siempre sería más limitado... ¿Qué no aconsejaría la tentación á aquel padrazo para hacerle subir las oscuras escaleras de la *chirlata*?

Y las subió. Penetró en el cuarto del crimen en el preciso momento en que el banquero daba la voz de «¡juego!» Tiráronse las cartas. Y salió un rey; el de espadas. El pobre padre echó la mano al bolsillo y colocó sobre el verde tapete unas cuantas pesetas, que desaparecieron en un momento.

«Pues los reyes han de darme lo que los reyes me lleven», se dijo. Y volvió á salir otro rey, y volvieron á desaparecer otras cuantas pesetas. Iba mermandose el capitalito que daba lástima: era imposible que siguieran dándose *contrarias* con aquella tenacidad desesperante.

Quedábale la última peseta. Y volvió á salir el rey de espadas, el mismo que le había llevado las primeras pesetas. ¿Qué iba á hacer con una sola?

Y sin embargo podía llevarse todo aquel rimerito de monedas que representarían para el pobre empleado un año de relativo desahogo.

Y la jugó... y la perdió también. ¡Ni una peseta!

Los chiquillos esperaban impacientes el regreso de su padre. Tuvieron, sin embargo, que acostarse y que dormirse antes de que éste regresara de la *chirlata*. El buen hombre, que no tenía inconveniente en presentarse ante su esposa y contarle la verdad de lo sucedido, temblaba como un azogado sólo ante la idea de que al regresar á su casa los pequeñuelos habían de preguntarle por el consabido presente.

—¡Mi muñeca!

—¡Mi caballo!

¡Mis soldados!

Y era que ya no había ni soldados, ni caballo, ni muñeca.

Regresó tarde, muy tarde, después de ver cómo los banqueros se levantaban con las ganancias. No sabía cuánto eran éstas, pero no debían de ser pocas, porque les vió recoger y recoger monedas—entre ellas las suyas!—y retirarse á contarlas á la luz de una bujía en una habitación inmediata y oscura.

Regresó á su casa, y su esposa, temiendo lo sucedido, le interrogó, le sonsacó, hasta que el pobre hombre hubo

de confesar la verdad y de plano, claro, clarito...

La esposa se deshizo en un mar de lágrimas. ¡Aquellas pesetas, que representaban unos cuantos días que se había pasado el marido sudando la gota gorda sobre el pupitre!...

Y es que no suelen las mujeres mirar la cantidad, sino lo que ésta representa: la calidad. No miran tanto á lo que se ha perdido como el trabajo que ha costado el ganarlo...

Al día siguiente los pequeñuelos, sin temor al frío, alegres como unas castañuelas y llenos de esperanzas, fueron á buscar los regalos que debían esperarles tras los cristales de la galería en sendos zapatitos... ¡Nada! Miráronse los unos á los otros con extrañeza y corrieron á despertar á su padre.

Abrió el buen hombre las mal unidas pestañas, y leyendo en los ojos de sus niños lo que pasaba, adivinando su honda pena en aquellos ojazos que le miraban espantados, no encontró otras palabras que estas:

—Los Magos os traían los soldados, la muñeca, y el caballo ¿sabéis? Pero en el camino les salió al paso otro rey, un rey con un palo, un rey negro... y les robó el caballo, la muñeca y los soldados que traían para vosotros.

Y dando una vuelta en redondo, no queriendo ver las lágrimas de sus hijos, se arrebujó entre las sábanas y rompió á llorar como un chiquillo.

Manuel Amor Meilán.

En la Librería de EL RIOJANO se admiten suscripciones á La Hormiga de Oro, Lectura Dominical, El Mensajero del Corazón de Jesús, El Pan de los Pobres, El Buen Consejo, La Ciudad de Dios y á todos las periódicos católicos de España.

EL RIOJANO

Número extraordinario

EL REY MALO

Era verdadero anochecer de Enero, con nieve y todo. Cuando el padre regresó á su hogar, comenzaron los muchachos á asaltarle, preguntándole qué les iban á traer los Magos de Oriente. Subíasele el uno á las rodillas, enredábasele el otro entre las piernas, tirábale aquél de la americana queriendo hacerse oír en fuerza de gritos, y todo era algazara y bulla, animación y petitorios. De repente aquel padrazo, que sonreía con aire bonachón ante tal asalto, levantóse, tiró del cajón de la cómoda y calándose el sombrero dispúsose á salir.

—¿A dónde vas?—le preguntó la esposa, que entraba en aquel momento.

—A avisar á los Magos, mujer, y á decirles lo que quieren estos diablillos...

—Pero no tardes...

—Descuida; supongo que no estarán tan lejos—añadió el padre sonriendo con expresiva sonrisa.

—¡Claro que no estaban lejos! De allí al bazar, un paso... Dar la vuelta á la calle, atravesar otra más estrecha y desembocar en la del Comercio, donde los escaparates de los bazares atraían las miradas de los muchachos con sus ejércitos de muñecas y sus rimeros de caballos de cartón, trompos, soldados de plomo y juguetes de todas clases...

Pero el diablo (porque espíritu bueno no pudo ser) hizo que al cruzar la callejuela llegase á oídos de aquel padre sonriente y feliz, ruido de monedas de oro, tentador y alegre...

Alzó la vista, y vió allá arriba un par de ventanas rasgadas, á través de cuyos portieres caídos se filtraba un hilo de luz, perfectamente percep-

tible á aquella hora en que la noche se echaba encima y todavía no se habían encendido los faroles del alumbrado público.

«Pronto empezaron hoy», se dijo el sorprendido transeunte, é instintivamente, sin saber lo que hacía, hundió la mano en su bolsillo, estremeándose al contacto de las pesetejas, que se revolvieron unas contra otras allá en el fondo.

Era el mes de Enero, el más largo para todo empleado como él, que vivía al día. Todo su dinero lo llevaba encima. Poco, porque las Pascuas y el Año nuevo habían exigido un pellizeo relativamente descomunal. De sobra sabía el habilitado que dentro de pocos días recibiría un sablazo de aquél y otros funcionarios. Era la costumbre y no se podían pedir imposibles. Ya que esto era inevitable, el padre en cuestión había llevado cuanto en casa tenía—una miseria después de todo—porque quería que fuese verdaderamente regio el regalo que los *reyes* hicieran á aquellos chiquillos en los cuales adoraba. Pero ¿y si podía lograrlos sin tener que echar la mano á la gaveta? Pues siempre serían unos cuantos días más de desahogo, y no tendría que apelar al préstamo tan pronto, y aún cuando esto fuese, siempre sería más limitado... ¿Qué no aconsejaría la tentación á aquel padrazo para hacerle subir las oscuras escaleras de la *chirlata*?

Y las subió. Penetró en el cuarto del crimen en el preciso momento en que el banquero daba la voz de «juego.» Tiráronse las cartas. Y salió un rey; el de espadas. El pobre padre echó la mano al bolsillo y colocó sobre el verde tapete unas cuantas pesetas, que desaparecieron en un momento.

«Pues los reyes han de darme lo que los reyes me lleven», se dijo. Y volvió á salir otro rey, y volvieron á desaparecer otras cuantas pesetas. Iba mermándose el capitalito que daba lástima: era imposible que siguieran dándose *contrarias* con aquella tenacidad desesperante.

Quedábale la última peseta. Y volvió á salir el rey de espadas, el mismo que le había llevado las primeras pesetas. ¿Qué iba á hacer con una sola?

Y sin embargo podía llevarse todo aquel rimerito de monedas que representarían para el pobre empleado un año de relativo desahogo.

Y la jugó... y la perdió también. ¡Ni una peseta!

Los chiquillos esperaban impacientes el regreso de su padre. Tuvieron, sin embargo, que acostarse y que dormirse antes de que éste regresara de la *chirlata*. El buen hombre, que no tenía inconveniente en presentarse ante su esposa y contarle la verdad de lo sucedido, temblaba como un azogado sólo ante la idea de que al regresar á su casa los pequeños habían de preguntarle por el consabido presente.

—¡Mi muñeca!

—¡Mi caballo!

¡Mis soldados!

Y era que ya no había ni soldados, ni caballo, ni muñeca.

Regresó tarde, muy tarde, después de ver cómo los banqueros se levantaban con las ganancias. No sabía cuánto eran éstas, pero no debían de ser pocas, porque les vió recoger y recoger monedas—entre ellas las suyas!—y retirarse á contarlas á la luz de una bujía en una habitación inmediata y oscura.

Regresó á su casa, y su esposa, temiendo lo sucedido, le interrogó, le sonsacó, hasta que el pobre hombre hubo

de confesar la verdad y de plano, claro, clarito...

La esposa se deshizo en un mar de lágrimas. ¡Aquellas pesetas, que representaban unos cuantos días que se había pasado el marido sudando la gota gorda sobre el pupitre!...

Y es que no suelen las mujeres mirar la cantidad, sino lo que ésta representa: la calidad. No miran tanto á lo que se ha perdido como el trabajo que ha costado el ganarlo...

Al día siguiente los pequeños, sin temor al frío, alegres como unas castañuelas y llenos de esperanzas, fueron á buscar los regalos que debían esperarles tras los cristales de la galería en sendos zapatitos... ¡Nada! Miráronse los unos á los otros con extrañeza y corrieron á despertar á su padre.

Abrió el buen hombre las mal unidas pestañas, y leyendo en los ojos de sus niños lo que pasaba, adivinando su honda pena en aquellos ojazos que le miraban espantados, no encontró otras palabras que estas:

—Los Magos os traían los soldados, la muñeca, y el caballo ¿sabéis? Pero en el camino les salió al paso otro rey, un rey con un palo, un rey negro... y les robó el caballo, la muñeca y los soldados que traían para vosotros.

Y dando una vuelta en redondo, no queriendo ver las lágrimas de sus hijos, se arrebujó entre las sábanas y rompió á llorar como un chiquillo.

Manuel Amor Meilán.

En la Librería de EL RIOJANO se admiten suscripciones á La Hormiga de Oro, Lectura Dominical, El Mensajero del Corazón de Jesús, El Pan de los Pobres, El Buen Consejo, La Ciudad de Dios y á todos los periódicos católicos de España.

LOS REYES

NARRACIÓN PROVENZAL

Niños, mañana es la fiesta de los Santos Reyes. Si queréis verlos llegar, id temprano á recibirles y llevadles alguna cosa.

Así, cuando éramos muchachos, nos hablaban las madres la víspera de Reyes.

Y ¡anda! toda la gente menuda del pueblo nos íbamos corriendo á esperar los tres Reyes que venían hacia Maiano, con sus pajes, sus camellos y todo su cortejo, para adorar al Infante Jesús.

—¿Dónde vais, chiquillos?

—Vamos á ver los Reyes cómo llegan.

Y todos juntos, chicos traviesos y niñas sonrientes, con nuestros casquetes y nuestros zuecos, corríamos por el camino de Arlés, el corazón rebosando alegría, los ojos llenos de visiones.

Y llevábamos en la mano, conforme nos lo habían recomendado, tortas para los Reyes, higos secos para los pajes, y forraje para los camellos.

Era al comenzar Enero y el cierzo silbaba de lo lindo: quiero decir que hacía frío. El sol descendía triste hacia el Rose. Los ríos estaban helados, y el herbaje mustio á consecuencia del hielo. Desnudas de follaje las ramas de los sauces brillaban con rojizo color. El pitirrojo y el reyezuelo saltaban juguetones de un ramito á otro, y no se veía en los campos persona nacida, como no fuese alguna pobre vieja que sobre su cabeza cargaba el delantal lleno de mugrones, ó algún viejo andrajoso que iba á caza de caracoles al pie de unas matas.

—¿Dónde vais tan tarde, chiquillos?

—Vamos á ver si llegan los Reyes.

Y erguida la cabeza y gallardos como unos *migueletes*, riendo, cantando, corriendo con un sólo pie ó marchando con la cara vuelta atrás, avanzábamos sin parar por la blanquecina senda sacudidos por el vendabal. El día declinaba. El campanario de Maiano desaparecía como esfumado detrás los grandes cipreses cuya negrura adquiría por momentos mayor intensidad, y ancha y desnuda la comarca se extendía allá lejos. ¡Cuántas veces y con qué interés registraban nuestros ojos! Nada se distinguía si no era algún montón de aliagas traídas por el viento dentro los rastrojos. Como el anochecer

de un día de invierno todo estaba mudo y triste.

A veces, no obstante, encontrábamos algún pastor arrebujaado dentro su capucho, el cual venía de guardar sus ovejas.

—¿Pero dónde vais á estas horas, chiquillos?

—Vamos á recibir los Reyes... ¿Qué? ¿podrías decirnos si están muy lejos?

—¡Ah! ¿los Reyes?... Tiene razón... por allá vienen... dentro de poco los veréis.

Y corre que correrás al encuentro de los Reyes con nuestros higos, nuestras tortas y nuestro forraje para los camellos. Por fin espiraba el día. El sol aprisionado dentro una nube colosal acababa de desvanecerse. Parecíanos que se oía algo así como rumor de pisadas de alguna alma en pena. El viento nos helaba. Los más atrevidos caminaban con harta zozobra y temor.

De súbito... ¡Vedlos!

Un grito de inmenso júbilo salía de todas las bocas... y la magnificencia de la pompa real deslumbraba nuestros ojos; un chorro de llamas, un triunfo de colores lozanos encendía, abrasaba las sierras ponentinas. Una media coronaderramaba dentro el cielo una gloria de rayos inmensos y casi impedía á los ojos mirar el horizonte.

—¡Los Reyes! ¡los Reyes! ¡mirad su corona! ¡vez sus mantos! ¡ved sus banderas! ¡mirad su caballería y los camellos que traen!

Y quedábamos con la boca abierta... pero pronto aquella luminaria, aquella gloria, última mirada del sol agonizante, huía en rápido descenso al fondo de su lecho de nubes; y desconcertados, con un palmo de narices, nos quedábamos solos y tristes en medio de la campiña pavorosa.

—¿Por dónde han pasado los Reyes?

—Por allá, detrás de las montañas.

El mochuelo maullaba; el miedo cada vez más dueño de nosotros, y por entre las obscuridad nos volvíamos cabizbajos royendo los higos y las tortas que habíamos traído para los Reyes.

Y cuando por último llegábamos á casa nos decía la madre.

—¡Y bien! ¿los habéis visto?

—No, madre; han pasado por allá; por la otra parte, detrás las montañas.

—Pues ¿qué camino habeis seguido?

El camino de Arlés.

¡Ah! hijos de mi corazón, si los Reyes no vienen nunca por este lado: teneis que ir

por el camino de San Roumié. ¡Ay niños, y qué bonito era! Si lo hubiéseis visto, ¡si lo hubiéseis visto cuando han entrado en Maiano! Los tambores, los trompeteros, los pajes, los camellos, ¡oh qué cosa más rica!... Ahora están en el templo haciendo la adoración; después de cenar iréis á verles.

Cenábamos más que de prisa y corríamos á la iglesia. Estaba atestada de gente; y aún no habíamos penetrado dentro cuando el órgano, acompañando el canto de todo el pueblo, emprendía *pianísimo* primero y luego fuerte, formidable, el nuevo villancico:

Madrugué

y por dicha encontré

los Reyes Santos que iban de viaje.

Madrugué

y por dicha encontré

los Reyes Santos por el gran camino.

Nosotros, ebrios de entusiasmo, nos colábamos por entre las faldas de las mujeres hasta la capilla del Nacimiento; y allí sobre el altar veíamos la preciosa Estrella, ¡veíamos los tres Reyes de Oriente, con sus mantos encarnado, amarillo y azul haciendo reverencia al Infante Jesús!

El rey Gaspar con su estuche de oro, el rey Melchor con su incensario y el Rey Baltasar con su pote de mirra. Mirábamos alelados á los galantes pajes que sostenían la cola de sus largos mantos, y á los camellos jorobados que levantaban la cabeza por sobre el asno y el buey; á la Virgen Santísima y á San José; alrededor, derramados sobre un montecito de papel manchado de negro, á los pastores y pastorcillos que traían tortas, cestas de huevos y pañales para el buen Jesús; al molinero que cargaba un saco de harina, á la abuela con su rueca; al labrador reposando y mirando el cielo; al amolador afilando una gruesa cuchilla; al hostalero que, soñoliento aún abre la ventana, y todas las figuras y figuritas que hay en el belén. Pero de un modo especial mirábamos el Rey negro...

Muchas veces, desde entonces, cuando se acerca la fiesta de los Santos Reyes he ido al caer el día á pasear por el camino de Arlés. El pitirrojo y el reyezuelo continúan saltando por entre los matorrales. Hay también siempre por las hondonadas algún viejo que va á caza de caracoles, y el mochuelo maulla también como antes. Pero en las nu-

bes encendidas de la puesta del sol nunca más he vuelto á ver las luminarias, ni la gloria, ni la corona de los Santos Reyes.

—¿Por dónde han ido los Reyes?

—Por allá, lejos, detrás de las montañas.

J. Mistral.

EL ORO, EL INCIENSO Y LA MIRRA

LEYENDA DE REYES

Se cuenta que en la noche de Reyes, durante los veinte siglos que el Oro, el Incienso y la Mirra, depositados por los Reyes de oriente, están á los piés del divino Niño, le exponen reverentes sus impresiones anuales. ¡Ay! este año sólo han sido lamentaciones.

El Oro, de timbre claro, con un no sé qué de breve y seco, semejante á una vibración, le decía:

—Habeis permitido, Señor, que fuera un poder en la tierra... La mayor parte de los hombres pasan su vida deseándome, adquiriéndome, defendiéndome y conservándome. Sea. Pero ¿había nacido yo para llegar á ser lo que soy? ¡Se baten, se matan, se condenan por mí!...

¡Oh época bendita aquella en que los hombres no daban á las cosas un valor convencional y no me obligaban á representar el papel que hoy! No sólo presido las transacciones y evalúo las mercancías, si no que aniquilo, relego todo lo demás; la inteligencia y el amor, el espíritu y la voluntad, la conciencia y el honor... Mirad sino á esta pobre sociedad que Vos amais, cuántos escándalos suscito en ella: escritores que venden su pluma, poderosos que venden su influencia, representantes del pueblo que venden sus votos... Compra de opinión, de talento, de simpatía; juego de alza y baja, agiotaje y tráfico... ¡Hé aquí lo que ha reemplazado á la grandeza de alma y á la caballeridad!...

Y bien, señor mío, yo debo ocupar este lugar preponderante... Vos no lo queréis así, quiérenlo solamente el pecado y las pasiones.

Por esto el Oro se lamenta á Vos, oh Señor, suplicándoos que lo reconquistéis y lo purifiquéis. Haced comprender á todos que, aunque fuera yo el ídolo que se forjan, sólo haría desgraciados si al Oro del negocio, al Oro del bienestar, al Oro de la magnificencia no se uniera al

mismo tiempo el Oro de la caridad.

Calló el Oro, y la Mirra, más grave con acentos de doloroso sufrimiento, vago recuerdo de antigua elegía, habló así:

—El Oro sufre de serlo todo en la tierra; yo me quejo de ser en ella completamente despreciada... Colocada por los Magos entre vuestras manos divinas, simbolizaba el espíritu de penitencia... ¿Dónde está hoy, Señor? No haré en vuestra presencia el proceso de los paganos bautizados del presente siglo; pero, puesto que soy la mortificación, lloraré sobre tantos pretendidos buenos cristianos que ni de nombre me conocen... Confiesan que son pecadores, pero se niegan á reconocer la imperiosa relación de pecado y expiación... Olvidan que si alguno quiere seguir vuestras huellas, hoy como hace veinte siglos, tiene antes que participar de la paja de vuestro pesebre, del frío de vuestro establo, de las abnegaciones de vuestra Encarnación. Es necesario que en la púrpura de los cielos abiertos sobre sus cabezas, y el éxtasis de los conciertos angélicos, consientan en ver elevarse con austera severidad el acre perfume de la Mirra... Este es mi humilde ruego Señor.

Entonces un murmullo se elevó en efluvios impregnados de paz, blancura y serenidad.

—Soy el Incienso—dijo;—es decir, la oración, el culto, el recogimiento, la contemplación... todos las formas interiores del amor divino, y me rechazan hablando de actividad obligada, de ocupaciones, de mil cosas materiales... ¡Ay! ¡Si sospecharan mi dulzura!

«Vivir sin oración es vivir sin razón,» decía, oh Señor, uno de vuestros grandes santos.

No me quejo, porque entre el Oro, el Incienso y la Mirra, hoy todavía le toca al Incienso la mejor parte.

Verdad es, Dios mío, que se os ruega, y yo soy el buen olor de esas almas del presente y en su nombre os imploro que acepteis al mundo como agradable ofrenda...

Olvídad, Señor, la idolatría tributada al Oro, los desdenes hechos á la Mirra... Os tomo por testigo, oh Jesús, que habeis dicho que toda oración hecha en vuestro Nombre sería oída; ved que me esparzo y elevo en alas de

nubes hasta Vos: oid la Oración.

MISCELÁNEA

Un capellán militar escribe lo que sigue:

«Un día vino á buscarme un soldado y me dijo,—«Señor Cura, ya no quiero ser canalla; ¿qué hay que hacer? Ya me figuro, lo que V. me dirá: que me confiese... Si buenamente pudiéramos evitar eso de la confesión... pero... sino hay más remedio, adelante.»

Le ayudé á que se confesase y le dije:

«Amigo mío, hemos hecho mucho, pero con eso no está hecho todo: tienes que volver el sábado próximo á hacer la misma operación, y ahora me lo prometes. ¿No es verdad?..»

—Poco á poco, señor Cura, poco á poco: ¿pretende V. hacer de mí una beata vieja y ñoña?

—Seamos formales, amigo mío; y mira que no es para menos la cosa: venga esa palabra de honor, primero de que vendrás á confesarte no sólo el próximo sábado, sino todos los sábados: segundo de que estarás dispuesto para comulgar todos los domingos.

—Vaya, pues cosa hecha Padre.

Vino con regularidad todos los sábados conforme había prometido, pero un domingo cátrate que no veo á mi soldado en misa, y que tan poco lo veo en Vísperas, y que aparece á la hora de reservar, detrás de una columna del templo.

—¿Qué ha sido eso?... ¡buena pieza! ¿de dónde sales?

—Padre, vengo á comulgar.

—Hijo, ¿lo dices en broma? A estas horas....

—No lo digo en broma: el Comandante me ha arrestado hasta el rancho de las cinco, y no he podido venir ni un minuto antes; pero no he probado bocado ni siquiera he fumado un pitillo, y no queriendo faltar á mi palabra vengo á comulgar.

Asombrado, le dí la Comunión. Poco tiempo después le dije:

—Amiguito, me parece que valdría más expiar por una vida de santa penitencia tus fechorías pasadas...

Comprendió mi pensamiento y entró en la Trapa, donde aún vive siendo excelente religioso.

VENITE, ADOREMUS.

De Jacob en las regiones aparece ya la estrella; su ruta guían por ella los reyes de tres naciones, camellos con ricos dones les acompañan también: tras los reflejos que ven los piadosos caminantes siguen y siguen constantes hasta llegar á Belén.

Y con la fé que acompaña siempre al deseo sincero de buscar lo verdadero, sin el orgullo que empaña, penetran en la cabaña de pobreza y humildad, olvidan la Magestad que les realza en sus estados y ven y adoran postrados al Dios de eterna Verdad.

Que dejando la grandeza de las mansiones celestes vienen á las chozas agrestes porque la mejor nobleza á predicar la pobreza no es poseer más ó menos sino el ver á los ajenos ejemplar de perfección y que el alma y corazón de gracia se encuentren llenos

A los nobles visitantes de tan miserable choza les recrea y alborozan más que un trono de brillantes y si rebuscaban antes con ansiedad al Señor es su admiración mayor al verle cual triste niño y se aumenta su cariño, su respeto y su fervor.

Porque si alguno se aterra temiendo al Rey de los reyes cuyo querer son las leyes que sostienen cielo y tierra, su temor pronto desierta y le anima la confianza cuando vé con qué bonanza ofrece el divino dueño al que se hace más pequeño mayor bienaventuranza.

Ante aquel Omnipotente los tres reyes se arrodillan, el uno tras otro humillan hasta la tierra su frente y en postura reverente le presentan su tesoro; sobre la mirra y el oro forma el incienso una nube con la oración, que en el sube cual himno de regio coro.

Y el niño, recibiendo con su gesto cariñoso la ofrenda del poderoso, cuya humildad está viendo, señala al cielo, diciendo que allí le aguarda la vida y si en la tierra mentida se persigue la virtud allí tendrá la salud;

que será larga y cumplida.

Las riquezas interiores sólo quiere el Bien supremo y al orgulloso y blasfemo castigará con rigores. A los Reyes y pastores por igual los medirá. Todos nuestros males ya quedan para siempre rotos y ofrezcamos santos votos que Dios los bendecirá.

J. Ochoa.

SUEÑOS DEL NIÑO JESÚS

Angel que sobre el pesebre
Extiendes tus niveas alas
Más hermosas y esplendentes
Que la luz de la alborada,
Y formas sobre la cuna,
En que mi Jesús descansa,
Dorado el que brilla
Como la púrpura y nácar:
¿No lees en su sonrisa
Lo que por su mente pasa?
¿En su carita de cielo,
En su frente despejada,
Los sueños no reconoces
Que en su fantasía vagan?
¡Ea! pues; ¿dime qué sueñas,
Qué sueña mi prenda amada?

ANGEL. Pues sueña que él á la puerta
De los corazones llama,
Y que los hombres ingratos
De su puerta le despachan.
Sueña que cual cervatillo

Para visitar las almas
Huella montes y más montes,
Cerros y más cerros salta,
Y que sentado á la puerta
Mientras espera la entrada,
Rígidos todos sus miembros
Con la ventisca se paran,
Y que sus guedejas negras,
Como del cuervo las alas,
Como el rocío del cielo
De la noche con la escarcha
Blanqueadas aparecen
Al amanecer el alba.
Sueña que tanto nos quiere,
Que tanto á los hombres ama,
Que les deja en esta vida
Fuente perenne de gracia,
Y se queda en el sagrario
Y ninguno le acompaña.;

(León de Zúñiga.)

AL NIÑO JESÚS

Niño, fuente de amor y de alegría,
De vida eterna manantial sereno,
Por quien su pompa ostenta el bosque ameno,
Por quien relumbra el lumínar del día,
¿No imperas en los cielos, vida mía,
De majestad, poder y gloria llenó?
La ronca tempestad y el ronco trueno
No es tu mano invisible quién los gula?
¿Cómo vienes al mundo degradado,
Morada del error y las pasiones,
Tú que el cielo de estrellas has sembrado?
¿Qué pretendes? ¿qué buscas? ¿cercaiones?
Pues recibe los nuestros, niño amado,
Y cólmalos, mi Dios, de bendiciones.

(León de Zúñiga.)

FLORES AL NIÑO JESÚS

Dime, niño, sin recelo,
Por qué tu trono has dejado?
No estabas bien en el cielo?
Entonces por qué has bajado
A nuestro misero suelo?

En tus labios de coral
Juega tan grata sonrisa,
Hijo del rey celestial!
Nunca así jugó la brisa
Con las flores de un rosal.
Ante ti la frente oscura
Muestra la misma inocencia,
Temblorosa y mal segura;
Y vacila á tu presencia
Del cielo la misma altura.
El campo, Jesús, anhela
Tomar de tí sus colores,
La azucena sus olores;
Y en tu derredor revuela
Festivo enjambre de amores.

(Joaquín de Arizal.)

LEYENDA DE NAVIDAD

I

Es tarde de Noche buena
Y es silenciosa la tarde,
Pues con la nieve enmudecen
Los rabeles y cantares.
Nieva, y los serenos copos
Con tal abundancia caen,
Que parecen que los cielos
En vellones se deshacen.
Pronto se borran las sendas
Y es amplia sábana el valle,
Los rios y las cas-esfinges,
Blancos fantasmas los árboles.
Y en la cumbre el castillejo
Semeja dama arrogante,
Que se arrebaja en armíño
Y en la nevada se placeo
Maldiciendo de los copos,
Que no temen su coraje
Y sin respeto le azotan
El rostro con frío guante,
Envuelto en pieles de tigre,
Pues no hay piel que más le agrade.
Sobre un caballo morcillo,
Afrenta del azabache
Sube don Pedro Buitrago
Por los duros peñascales
Buscando su fortaleza,
Que es recto camino al aire.
Viene de arrancar el oro,
Viene de chupar la sangre,
Al pechero sin ventura
Que fué tardío en pagarle.
Y al que topó sin dinero
Puso en prisión miserable;
Y en donde no dejó penas,
Del rencor dejó señales,
Salió de su señorio
Nevadas todas las calles,
Las casas, blancas palomas,
Y él negro como un ultraje.
Y en el campo solitario
Hundé el agudo acicate
En las ijadas del bruto
Por arrancarlo al escape:
Y el corcel que le obedece
Resbala al correr, y salen
De entre la nieve las chispas,
Momentáneas y fugaces.
Y á lo lejos, ya en la sierra,
Parece, al caer la tarde,
Un condor, que busca el nido
Por los picos de los Andes.
Ya muy cercano el castillo,
Dondé es la cuesta más acre,
Baróse el corcel, pifando,
Sin que don Pedro lo arranque.
Detrás de una altiva almena,

De nieve cubierto el traje,
Surgió un pobre pastorcillo,
De ojos azules y grandes.
—¿Quién vá? rugió, como un tigre,
Buitrago de mal talante.
—Un niño.
—¿Qué quiere el niño?
—Casa y pan, pues tengo hambre.
—¡Aparta pues pides poco!
—Mirad que la no che cae
Y es Noche Buena y no tengo
Ni pan, ni albergue, ni padres.
—Vaya si eres importuno;
No te me pongas delante
Si no....
—¿Moriré de frio
En la noche en que Dios nace?
—Que te he de hechar mis lebreles.
—¿Sus lebreles? Si me lamen.
—¡Fuera!
—Quien despide á un pobre
A Dios despide.
—¡Que es tarde!
Gritó don Pedro, batiendo
Del caballo los ijares,
Y entrándose en su castillo
Entre escuderos y pajes.

II

Suena estruendo de panderas,
Y zampañas y atabales,
Y de acompasadas voces
Que cantan sacros romances.
Arde el cirio en la capilla
Y la fe en los pechos arde,
Pues en mitad de la noche
Dios será con los mortales.
Y entre pajas reclinado,
Hermoso clavel del valle,
Se verá trocado en niño
El principe de los angeles.
Siguiendo anejas costumbres
Heredades de sus padres,
Cristianos á las derechas
En las guerras y en las paces,
Vistiendo sus ricas galas
Don Pedro Buitrago y Laines,
Y arrastrando armíño y oro
Y escuderos muy galanes,
Y la gente de su mesa
Y la mesnada de Marte,
Al niño recién nacido
Rendirá pleito homenaje.
Ya llega la comitiva,
Toda plumas, seda y ante,
Á la capilla sagrada
Dondé humea el estoraque;
Cuando erizado el cabello
Y acobardado el semblante
Con palabra balbuciente,
Que temblar hace las carnes,
Grita el Capellán que el Niño....
Su sacra y bendita imagen,
Al ir á tomar del ara,
Se le voló por los aires
Desordenóse el cortejo
Y el sacro recinto invade,
Curioso y amedrantado,
Cual rota banda de ánades.
¡Milagro!, no viendo al Niño,
Gritan las dueñas y pages;
¡Burla audaz! los escuderos;
¡Un robo! los capitanes.
Y don Pedro de Buitrago,
Todo medroso y cobarde,
Gimió: —ni burla ni robo;
¡Castigo! ¡Castigo grande!
Yo no he dado á un niño albergue
Que tenía frio y hambre,
Y no quiere estar conmigo
El justo y divino Infante.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA.

LECCION DIVINA

Los que nacen en cunas de oro
colgadas de seda,
que le imiten y aprendan humildes
á amar la pobreza,
Los que nacen en cuna de pajas,
sus ojos conviertan
al humilde portal de la humilde
Belén de Judea.

Es preciso que el mundo lo escuche,
que el mundo lo sepa;
que lo digan la espada y la pluma,
la lira y la lengua,
la campana y el órgano grave,
la voz de la Iglesia,
la cristiana legión que el divino
Misterio hoy celebra,
y los mismos angélicos coros
que al mundo trajeran
—¡mensajeros benditos del cielo!—
la divina nueva.
Ha nacido el que es rey de los cielos
y Rey de la tierra,
reclinado en un pobre pesebre.
¡Señor, no más pruebas! ..
No la aguda corona de espinas,
no la Cruz á cuestras,
no el escarnio de inicuos verdugos,
la injuria y la afrenta...
No, muriendo en la Cruz, des al mundo
de tu amor más pruebas;
que, naciendo en un pobre pesebre,
las distes inmensas...

Los que nacen en cuna de pajas,
amen su pobreza.
Los que nacen en cunas de oro,
que aprendan, que aprendan.
JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

ENERO

Cierzo y granizo azotan
Techo y ventanas,
El ganado aterido
Busca la cuadra.
Dicen las aves:
«Aquí nos refugiamos
Aunque nos maten.»

Braman mares y ríos
Desesperados:
Naturaleza es toda
Luto y espanto,
Cual si la excelsa
Voz de Dios le gritase:
«Maldita seas.»

Si el sol rompe las nubes
Sin calor brilla;
Si las lluvias descienden
Esterilizan;
Los arroyuelos
No murmuran, que gimen
Presa de hielo.

—Que se apaga la lumbre!
Leña, muchachos!
—Otro cuento, abuelito,
Tras otro trago!
—Pues es mi cuento...
Que quien suda en verano
Come en invierno.
(Trueba)

Á JESÚS RECIEN NACIDO

Traducción de San Alfonso de Ligorio.
Mírote, Rey del cielo,
De oscura cueva en el recinto helado,
Mírote pequeñuelo...
Ni el frio te ha acatado;
¡Cuán carote costó el haberme amado!
Mas si amas padeciendo,
¿Qué esos vagidos son? ¿qué esos clamores?
Te entiendo, si, te entiendo,
¡Oh rey de los amores!
Llorando estás mi amor, no tus dolores
Tú duermes niño mio,
Mas queda dentro el corazón velandó;

Sus latidos espío
El oído aplicando...
Que por mi ha de morir está pensando.
Morir su amor medita,
¿Y yo por otro amor he de dejarle?
Virgen madre bendita,
Que supistes engendrarle
¡Amale tú por mí... yo no sé amarle!
(L. M. Vinuesa, S. F.)

Los Reyes Magos

De oriente vienen los Reyes;
la estrella á Belén les guía
luciendo en el cielo azul
su ancha estela diamantina.
Pasando encima del Nilo
su esplendor se intristecía,
viendo en el altar los bueyes
que en su ribera caminan.
Parece un ojo sonriente
cuando hacía Judá se inclina,
mas ante Jerusalén
una nube la cubría.
¡Es Herodes tan inicuo!
No ha de verle ni ser vista.
Junto al Portal de Belén
avergonzada se humilla,
que más luz esparce el Niño
en los brazos de María.
Los camellos y el etiope
que los guía se arrodillan;
y con sus mantos de armíño
llenos de oro y pedrería,
los tres Reyes uno á uno
al suelo la frente inclinan.
JACINTO VERDAGUER, PBRO.

HIJOS DE ALESÓN

Calendarios del Sagrado Corazón de
Jesús y del Santísimo Rosario, á 30
céntimos bloc y 50 con cartón.
Almanaque de La Familia Cristia-
na, 1,25 pesetas.
Abundantísimo surtido en Misales,
Breviarios, Diurnos, Rituales, Obras
de predicación, Estampas, Oleogra-
fias, Rosarios, Cruciferos, Medallas,
Escudos, Cruces, Estatuaria Religio-
sa, Devocionarios, Cajas de papel y
sobres del Sagrado Corazón y otros
muchos artículos.

OBRA NUEVA

Biografía de la Venerable María Mi-
caela del Santísimo Sacramento, Viz-
condesa de Jorbalán, Fundadora de
las Señoras Adoratrices, por el Obis-
po de Salamanca.
Forma esta obra dos volúmenes en
4.º mayor y son tantos los elogios que
se ha hecho de su contenido, que al-
gunos han llamado á la nueva Vene-
rable nuestra moderna Teresa de Jesús.
La lectura de esta obra eminentemente
religiosa, es á la vez amena é
Histórica, recomendándose por ello,
lo mismo para Sras. Religiosas que
para las familias cristianas.

Único punto de venta
en Logroño, — Librería
de EL RIOJANO. —
Precio de los dos tomos
10 pesetas.

Logroño: Imprenta de EL RIOJANO